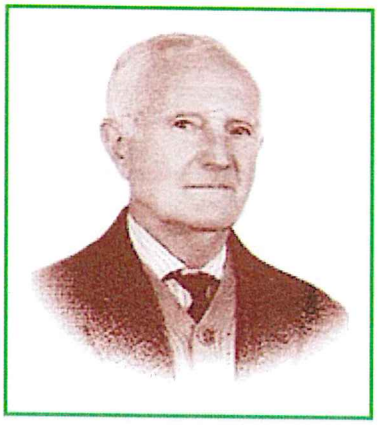
Vivieron la Eucaristía

El venerable Alberto Capellán Zuazo, es uno de los adoradores cuyo proceso de canonización está abierto, de él nos habla un testigo:



Yo conocí al Sr. Alberto

Allá por los años olvidados de 1931 –aquel año en que llegó la II República en abril– empecé a conocer al Sr. Alberto en Santo Domingo de la Calzada. Alberto casado con Isabel Arenas, contaba 43 años y tenía 7 hijos. Era labrador con buena posición y vivía a dos pasos de la iglesia de San Francisco enfrente al espacioso atrio.

Yo era un niño que todas las mañanas iba a la iglesia, regentada por los Padres Claretianos, a ayudar a misa. Entonces no concelebraban varios sacerdotes juntos como ahora y se celebraban varias misas a la vez, porque en la Comunidad Claretiana había muchos sacerdotes profesores en aquel numeroso teologado claretiano y se necesitaban muchos monaguillos. Yo ví al Sr. Alberto ayudar a misa con toda devoción.

Se decía –y él lo confesó más tarde en su autobiografía– que diariamente acudía muy tempranito, a las 5,30 de la mañana a la primera misa. Acostumbraba ponerse en el primer banco de la iglesia teniendo a la derecha la puerta de la sacristía y le gustaba permanecer mucho tiempo de rodillas con las manos pegadas al pecho. Nos llamaba la atención aquella postura y especialmente cómo subía a comulgar con las manos juntas, los ojos en el suelo y bajaba las escaleras del comulgatorio con el mismo recogimiento. Siempre tenía para nosotros palabras amables y con leve sonrisa conversaba con nosotros y corregía nuestras travesuras.

Él dirigía la Adoración Nocturna compuesta entonces por solo hombres. Se tenía los sábados por la noche hasta la madrugada de los domingos. En la

parte de la sacristía a la izquierda según se entra se colocaban los catres, cada uno con su colchón, y el Sr. Alberto era el primero en prepararlos para los adoradores que pasaban la noche allí. Nosotros le ayudábamos en los pequeños menesteres. Él estaba en todo para que no faltara un detalle. Yo recuerdo cómo se emocionaba al preparar esta ayuda a los adoradores. Yo no entendía por qué sus ojos se abrían y se cerraban muchas veces hasta llevarse las manos para secarse unas lágrimas que amenazaban caerse al suelo. Ahora lo comprendo. Aquellos adoradores descansarían en aquellas pobres camas después de acompañar al Señor de los señores durante su turno. No se crea que aquí terminaba su labor. Los lunes, después de la adoración, volvía a la Sacristía a colocar los colchones en su sitio. Con el Hno. Juan Diez, el Sacristán de la iglesia, y nosotros plegábamos entre todos aquellos catres y contentos los llevábamos a su sitio todos juntos bajo la mirada complacida del Sr. Alberto que nos premiaba con unos caramelos. Este premio constituía para nosotros un acicate para no faltar. Recuerdo que más de una vez nos pegamos para ser los primeros en ayudar al Sr. Alberto.

Entre los sacerdotes seminaristas, teólogos y hermanos misioneros gozaba el Sr. Alberto de una fama de cristiano excepcional y a veces lo llamaban Santo en voz alta. Entre la población calceatense se le valoraba mucho, como cristiano, a excepción de un grupo republicano que le llamaban beato con todas las letras y fariseo por todo lo alto. Pero se callaban cuando alguien salía en su defensa echándoles en cara que él cuidaba de los mendigos y ellos los rechazaban.

Más de una vez los niños le espiábamos, porque le admirábamos. No entendíamos que en su era hubiera construido una casita –años después la agrandaría– para recoger a los mendigos por la noche. Nosotros los niños, pero sobre todo mujeres íbamos a llamar a la puerta de su casa para informarle de que en tal calle y lugar había un mendigo borracho tirado en el suelo. Entonces en aquella gran crisis económica, 1931–1936, pululaban los mendigos que se enteraron pronto de que podían dormir bajo techo en Santo Domingo gracias al Sr. Alberto y acudían de toda la redonda.

Le ví levantar a los mendigos ayudado por otras personas, tomarlos del brazo y, medio arrastrándoles llevarlos a su refugio. Allí había sitio y en invierno fuego para calentarse.

También recuerdo verle en estos años pasear por el claustro con un Sacerdote Claretiano en animado diálogo. Hoy pienso que se confiaba con su Director Espiritual.

Se cuchicheaba por lo bajo en algunos corros femeninos que a una persona muy querida del Sr. Alberto no le gustaba que se manchara con aquella gente, que la quisiera tanto, que la buscara, que la recogiera de aquella manera tan inusitada y nunca vista. Le reprochaba que se rebajara tanto siendo él un hombre honrado, trabajador y propietario de tierras y tan bien visto por la sociedad. No sé por qué recuerdo este detalle, pero el Sr. Alberto hizo caso omiso, y perseveró en su carrera de Buen Samaritano.

Mucho sufrió el Sr. Alberto por los chismes que corrían de boca en boca contra él por atender con tanto cariño y desinterés a los mendigos. No procedían siempre esas injustas críticas de personas católicas practicantes. Más bien, eran de hombres que no pisaban la iglesia, a quienes disgustaba mucho aquella caridad.

Recuerdo que en el año 1948 unos hombres, delante de mí, se atrevieron a calumniarle propagando que, de cuando en cuando, abusaba de alguna incauta mujer pobre. No esperaba yo semejante acusación y no toleré las miradas mutuas y sonrisas burlonas de aquellos cuatro criticones. Me pareció que asistía yo a aquella escena –algo parecida, aunque tan lejana– a la que cuenta San Juan de aquellos viejos –aquellos hombres pasaban ya de la cuarentena– que presentaron a Jesús a la mujer adúltera incitándole a que diera su consentimiento para apedrearla. Mi reacción fue durísima. Me salió espontáneamente y les grité aquel refrán: Piensa el ladrón que todos son de su condición. Los miré uno a uno tan airadamente...les sorprendí tan inesperadamente... que no supieron qué responder. Se esfumaron y me dieron espalda sin rechistar. Yo me quedé solo. Había defendido al Sr. Alberto. Cuando alguna vez me cruzaba con ellos en la calle, miraban para otro lado. Creo que este hecho lo referí en mi declaración del Proceso de Beatificación del Vble. Don Alberto.

Lo normal era criticarle por atraer a tanto mendigo, porque –decían– llenaba de mendigos y de rateros la ciudad. Me contó una vez su hijo Paco –un santo varón– que, siendo joven, rehuía ayudar a su padre en las labores de limpieza del Refugio para los pobres. Le caía muy mal ver a su padre en aquellos menesteres y sobre todo cuando él tenia que suplirle por su mandato cuando se ausentaba de la ciudad.

Tampoco le gustaba verlo con manchas, que era pocas veces, porque recordaba bien el Sr. Alberto las miradas torcidas que en casa encontraba. Procuraba limpiarse antes de subir las escaleras.

Supongo que este lamentable y penoso vacío de su familia constituyó uno de los más amargos sufrimientos de su vida, principalmente cuando en ellos se mezclaba Isabel, su esposa.

Nada deben extrañar estas aventuras. El mismo Sr. Alberto refiere en su Autobiografía, cómo un mendigo llegó por la noche cojeando bastante de un pie, hinchado como una bota y echando pus por las llagas y lleno de suciedad. Lo llevó al día siguiente al hospital. La respuesta del doctor: antes hay que limpiarlo, la medicina aquí no puede hacer nada. Vueltos al Refugio, llenó un balde de agua, lavó al mendigo, lo secó y, ya limpio, tornó con él al hospital y fue curado.

En otra ocasión llegó al Refugio un pobre, sobrado de miseria y suciedad. "Una vez, cuando menos –cuenta él– me acuerdo de haberlo puesto desnudo enteramente para desinfectarlo y ponerle ropa limpia".

Más temía a los piojos que muchos pobres albergaban en su cabeza, en su cuerpo y en su ropa. "Esos bichos –confesó– eran de cuando en cuando mis compañeros". Una vez contó hasta 100 de esos bichos en sí mismo porque los mataba con sus uñas, para evitar llegar a casa con algún huésped de esa categoría, como más de una vez le sucedió teniendo que oír duras palabras. "Cuando me daba cierta vergüenza era si avisaba alguien de algún bicho que me corría por fuera en la ropa".

El, siempre tan limpio, jamás acusó a los pobres de sus deficiencias higiénicas.

En parte sobraba razón para criticar al Sr. Alberto, pero sólo en estas materias.

Alberto Barrios Moneo
Claretiano